

## La morada de Ícaro es la Madre Tierra

Apreciado Enrique, no porque sean inocultables nuestro respeto intelectual y cariño fraterno hacia ti, que lo son, podríamos dejar de empezar este diálogo con una referencia distinta a la larga amistad que nos une, dentro de la cual hemos compartido nuestras diferencias y nuestras similitudes. Recordamos con emoción vigente, que no nos arrebató el rubor, aquel debate suscitado hace cinco años con respecto a *El manifiesto por la vida* [véase *Ambientico* 106, julio-2002, en [www.ambientico.org](http://www.ambientico.org)], documento madre del I Simposio de Ética y Desarrollo Sustentable realizado en Bogotá. La altura posibilitadora de tu vuelo argumental nos ha llevado a conocer mejor nuestro propio pensamiento.

Hemos leído con cuidado la conferencia que darás en el V Congreso Iberoamericano de Educación Ambiental, en abril próximo [2006] en Joinville, Brasil. Como es obvio, tenemos no solo coincidencias sino, igualmente, divergencias y, como es justo, queremos ventilarlas en un diálogo de fraternidades ambientales establecido de antaño. La fineza de tu pluma enhebra una elaborada argumentación dentro de un estilo que, para quienes hemos adoptado la claridad como pauta, obliga a pensar en nuestra carencia de virtudes en el despliegue verbal. Quizá la diferencia de estilos entre los escritos tuyos y los nuestros no sea simplemente una característica individual sino que, unido a ello, se encuentre un trasfondo de aquéllo que postulamos, en lo cual creemos y, por lo tanto, en lo que proponemos.

En términos generales coincidimos contigo en la caracterización crítica de la situación ambiental de la Madre Tierra. ¿Cómo no? A enfrentarnos a esta situación hemos dedicado la vida. Sin embargo, afirmas algunas cosas que no alcanzamos a compartir, tal vez debido a la miopía de nuestra mirada o, quizás, producto de nuestro distanciamiento del lenguaje heideggeriano. Mira ésta, por ejemplo: “Más allá del problema de integrar la multicausalidad de los procesos a través de la articulación de ciencias, y la apertura de las ciencias hacia el conocimiento no científico –hibridación entre ciencias, técnicas, prácticas y saberes–, la complejidad ambiental emerge de la sobre-objetivación del mundo, de la externalización del ser y la producción de una hiperrealidad que desborda toda comprensión y contención posible por la acción de un sujeto, por una teoría de sistemas, un método interdisciplinario, una ética ecológica o una moral solidaria”. Quizás si ambos, Augusto y Felipe, miramos más sesudamente las cosas podremos proponer algunas nociones que permitan empezar un diálogo propositivo contigo y con la comunidad ambiental.

Nuestras divergencias contigo comienzan con el análisis que presentas sobre la manera en la cual hemos llegado a esta situación ambiental. La interdisciplina, por ejemplo, es para nosotros un postulado epistemológico liberador. Tú la tomas como un eje que potencia lo totalitario. Para ti la interdisciplina es, ya de sí, totalitaria. Concibes la interdisciplina como otro metarrelato, contra los cuales ha luchado el pensamiento posmoderno. Habría que preguntarse si la raíz de esta situación ambiental no está sembrada, más bien, en el autismo reduccionista de la especialización de las disciplinas. Preguntarse si no es esto lo que posibilita que el arbitrio hegemónico de la ciencia actual, especialmente de las ciencias naturales, propicie un modelo de desarrollo depredador, sordo y engreído. El diálogo de saberes no puede excluir la interdisciplina ni la ciencia. La otredad es también epistemológica. Una complejidad ambiental sin ciencias se parece a las fotos de las cuales quitan una de las personas y dejan el vacío.

Sin escapar a la tristeza, vimos cómo consolidas párrafo por párrafo tu ataque arrasador contra la ciencia. Mantuvimos nuestra atención un lapso largo en captar lo que tú entiendes por ciencia. ¿Por qué continúas con la noción positivista de la ciencia? De no ser así, ¿a qué te refieres cuando dices ciencia? ¿Tratas por igual a las ciencias naturales y a las ciencias humanas? Te sitúas dentro de la corriente más radical del pensamiento posmoderno, en la del primer Lyotard que niega la ciencia como conocimiento válido. Ya el segundo Lyotard cae en cuenta de las limitaciones de esa perspectiva de abolir la ciencia. Y, en efecto, él mismo se encarga de refutar la pertinencia de negar la ciencia, al menos en cuanto a las ciencias naturales, ya que sigue invalidando las ciencias humanas.

Con respecto a nuestros esfuerzos en otros ámbitos del saber distintos de la educación ambiental, quisiéramos captar si en este ataque a la ciencia incluyes, por ejemplo, a la historia ambiental. Estás cada día más heideggeriano, cada vez más parecido a su temible aseveración de que “la ciencia no piensa”. Por lo demás, en vez de ocultarlo, lo presentas con elegancia al inicio como tu paisaje filosófico general, que no es otro que el esquema heideggeriano de

ser, ente y cosas. Desde Heidegger no es posible el saber histórico ambiental, pues en sí mismo no puede desprenderse del acopio cognoscitivo aportado por las ciencias naturales al diálogo de saberes que la constituye. La historia ambiental, al menos en cuanto a nosotros respecta, lamenta que la educación ambiental pretenda sacarla de la foto de los saberes. Por el contrario, pensamos que una educación ambiental que no contempla su origen ni acaricia su devenir histórico ni enfrenta lo real existente, puede mejor denominarse educación tradicional.

Nos extraña que te bases en la ciencia del siglo XX, así sea en la topografía argumental del Círculo de Viena que validó a Niehls Böhr e invalidó a Einstein. Te basas en lo que niegas. Si te basas en la ciencia, ¿cómo la niegas? Es lo mismo que decir: “no existo” y tomarlo como un saber, embarcar las complacencias y abarcar los días según ese saber, siendo indiscutible que no lo podría decir si no existiera en el momento en el cual lo pronuncia. ¿Cómo abonas tus raíces en el principio de indeterminación? No logramos entenderte en este punto porque, o niegas el principio de indeterminación de Heisenberg, o no lo consideras parte de la ciencia, o la ciencia después de todo resulta que sirve para algo, o ¿cómo es la cosa?

Oye, ¿dónde dejaste el ecosistema dentro del pensamiento ambiental y, por ende, dentro de la educación ambiental? El ecosistema tomado no solo como origen de lo humano hace millones de años sino también como inconmutable generador de las especificidades y otredades de lo humano, porque lo humano se ha hecho y se hace humano al transformar el ecosistema. ¿Qué pasó con la vieja realidad, con las luchas concretas y los anhelos alcanzables de los pueblos? Sin ciencia, ¿cómo mostramos que nuestra alarma ante la situación ambiental actual ha de ser escuchada? Tendrían razón en no escucharnos puesto que no podríamos ni saber ni mostrar que el deterioro ambiental es serio no solo en el presente sino que en el mañana conducirá a tal o cual situación, peor o mejor según procedamos desde ahora.

He aquí que tú mismo planteas sin titubeos que tu propuesta para la educación ambiental lleva a otras partes. Bien señalas el camino que propones: “abrirse al infinito” y enfocarse en “el más allá de lo real existente”. De



Dúrika, Costa Rica

manera coherente, caminas el sendero y eso ofreces como propuesta para la educación ambiental iberoamericana. Oye, es entendible que te sorprenda poco que no estemos de acuerdo. Vamos, Enrique, dinos si ya lo sabías de antemano. Precisamente en esto del infinito y del más allá de lo real existente, nuestras divergencias con tu posición aúnan el cauce de sus aguas. Allí comprendemos que el huracán filosófico que te anima se desprende y huye de la vida cotidiana, aunque proponga una erotización. Esperamos que esa erotización no sea exclusivamente mental. Amamos desde la piel, pensamos desde la piel y nos damos al mundo del día desde la piel. Concebimos el ambientalismo como una reconciliación con nuestra propia piel. Ello no significa que renunciemos a la ciencia. Ni mucho menos suponemos posible una práctica sin una teoría previa o una teoría sin una práctica previa. Pareciera presidir tu texto un fondo que proviene del Romanticismo, expresado bien por Byron: “escoger debes entre la ciencia y el amor”. Nos quedamos con ambos.

Y nuestras divergencias terminan con el temor que nos produce no entender qué será aquello que mencionas al decir que es conveniente “abrirse al infinito” o qué será eso que está “más allá de lo real existente”. Recordamos la afirmación de Hegel según la cual lo que está más allá del saber es la fe. Nos hemos reído un rato al dejar volar nuestra imaginación pensando que lo que debimos haber hecho era una Iglesia Ambiental Laica y no el retorno de Ícaro a la Madre Tierra. Estamos dispuestos a acompañarte en tu propuesta pero, aquí, en Cali, carecemos de los elementos necesarios. Aquí no hay algo o alguien que haya estado, esté o planee estar, según lo que propones, “más allá de lo real existente”. Algunos, sí, claro, procuran abrirse “a la fecundidad del infinito, al porvenir, a lo que aún no es”. Hasta ahora no lo logran. En este punto, estamos ambos, Augusto y Felipe, definitivamente confinados en nuestra ignorancia o en nuestro acierto. Dudamos que lo humano pueda desprenderse del presente inmediato de lo real existente. Amamos ese regreso a la vida real, besamos el atardecer y nos complacemos con la caricia del viento. Lo llamamos ambientalismo. No olvidamos que tú mismo fuiste el actor principal en la publicación de la segunda edición de *El retorno de Ícaro*, en el que Augusto ofrece al ambientalismo el camino de lo real existente. Por la gestión para la primera edición de parte de Álvaro del Campo Parra, vicerrector de Investigaciones de la Universidad Autónoma de Occidente, aquí en Cali, y por tu gestión para la segunda, allá en el Pnuma en México, Ícaro es ya conocido en diversos países de la *Latina América*, como la llamaba nuestro poeta mayor, Rubén Darío.

Estamos a la espera para ver cómo les va a quienes a raíz de tu propuesta iberoamericana se abran al infinito o cómo les fue a quienes ya lo hicieron. Y, si lo alcanzaron, en qué consiste y qué nos ofrece. Tenemos cierto reparo por cuanto no logramos ni siquiera intuir cómo se podrá tener noticia de que alcanzaron su propósito o de que no pudieron hacerlo. Si es infinito no tendremos, en última instancia, noticia de ello. Solo oiremos sobre algunas de sus partes, sin poder determinar si son maneras de acercarnos al infinito.

En un momento dado de la lectura de tu texto, cuando introduces la noción de “hiperrealidad”, ambos temimos que fuera vano nuestro esfuerzo para que Ícaro retorne. El ambientalismo para nosotros, lejos de intentar abrirse al infinito, consiste en abrirse a lo real existente. Eso es el ambientalismo para los saberes, incluida la ciencia. No creemos que nuestros pueblos originarios, ni que nuestros campesinos ni la juventud urbana, ni en realidad nadie, logre acceder a una “hiperrealidad”. Mejor nos quedamos con la vieja realidad, aunque esté plagada de contradicciones, de equívocas o de fantasmas.

Nos preguntamos si esta negación de la ciencia y este alejamiento de lo real existente no se desprende necesariamente de tu despedida de la bella *Physis*. Ah, ojalá la hayas despedido con un buen beso o, por lo menos, con un amoroso adiós. Se lo merece. Dices: “La complejidad ambiental no emerge simplemente de la generatividad de la *physis* que emana del mundo real, que se desarrolla desde la materia inerte hasta el conocimiento del mundo”. Nosotros no solo creemos lo contrario sino que nos basamos en ello a lo largo y ancho de nuestro pensamiento. A tu frase le quitaríamos únicamente dos palabras: la primera, el “no”, la segunda, el “simplemente”, ya que de complejidad hablamos. Aunque, a decir verdad, nuestra noción de complejidad es simple en su exposición y compleja en su despliegue. Bastan los dos cambios que nuestra indiscreción introdujo en tu frase y no necesitamos más. *Physis* no es otra cosa que lo real existente, tanto lo ecosistémico cuanto lo humano como lo que está afuera de la Madre Tierra. A nosotros ya no nos sacan de la *Physis* a nombre de lo infinito o del más allá. El retorno de Ícaro es a fondo y en serio.

Ayúdanos con esto. ¿Qué entiendes por externalización del ser? Te confesamos abiertamente que nos perdimos tratando de encontrar el camino que recorriste entre Althusser y la externalidad del ser. Mencionas tu deuda epistemológica con Foucault y nos preguntamos si lo consideras ciencia o no. Enrique, amigo nuestro, sabes bien que nosotros no estamos dispuestos a perder la acción individual o colectiva, la teoría de sistemas, el método interdisciplinario, la ética ecológica o la moral solidaria para cambiarlos por la externalización del ser. En cuanto a la sobre-objetivación del mundo, ¿no emerge precisamente del autismo de la especialización? Para enfrentar la sobre-objetivación del mundo, la educación ambiental ya desde la Recomendación 96 de Estocolmo supo que su estrategia es la interdisciplina. ¿Será mejor remedio para enfrentar la situación ambiental actual aquello que llamas la externalización del ser que aquello que desdeñas, o sea la acción individual o colectiva, la teoría de sistemas, el método interdisciplinario, la ética ecológica o la moral solidaria? La respuesta corresponde a cada ambientalista. No

se puede tener un pie en el sendero que tú propones y otro pie en el que desdeñas. Tú mismo dejas clara esa imposibilidad y nosotros estamos de acuerdo.

También estamos de acuerdo con el planteamiento básico de los párrafos líricos del final. Hay que educar para superar las formas de la racionalidad actual pero eso no debe significar ni la negación del pensamiento racional y, por lo tanto, científico, ni el salto místico hacia un reencantamiento del mundo que esté por fuera tanto de la débil pero no quieta razón como de la riesgosa pero insustituible y deliciosa sensibilidad. Si por reencantamiento del mundo entendemos la necesidad de complementar el conocimiento racional para llegar a la contemplación estética y frutiva del mundo, estamos de acuerdo. Pero ello no debe significar un salto al angustioso vacío metafísico de lo infinito y del más allá de lo existente real. El ambientalismo es una lucha por cambiar lo real existente. Si lo que nos interesa reposa más allá de lo real existente, claudicamos. La educación ambiental no puede estar por fuera de esa lucha. Vemos con preocupación cómo en diversos campos, pero especialmente en la educación, la gestión ambiental declina, cede y pierde terreno mientras se dedica a abrirse al infinito y niega la pertinencia de abrirnos a lo real existente.

Lo que tenemos que reconstruir reside en esta inquieta y limitada racionalidad que nos ha conducido hasta acá en medio de peligrosas *Circes*. Estamos de acuerdo con el rechazo a una racionalidad que ha llevado a la explotación del ecosistema y de lo humano, a la guerra atómica y al desajuste entre saciedad y hambre. Estamos de acuerdo en rechazar la racionalidad política y económica imperante que, más que dentro de los límites de lo racional, parece solazarse en las fronteras de una irracionalidad disfrazada con un vestido científico, que no es otro que la gabardina blanca del positivismo. Pero no estamos de acuerdo en que ello exija eximirse de lo real existente o que conduzca a negarle la palabra a los saberes que lo abordan, sean cuales fueren. Es indispensable reformar el camino histórico que nos ha traído hasta acá pero también ese esfuerzo es histórico y, por lo tanto, pertenece a la finitud del más acá. No avalamos un salto al infinito ni al más allá de lo real existente. Proponemos otro sendero para el ambientalismo. Se trata del largo, fecundo y, en no pocas ocasiones, doloroso camino terrenal.

Con el cariño de siempre esperamos tu respuesta. Un abrazo de



Chirripo, Costa Rica

J. J. Pucci

*Augusto y Felipe*

22 de febrero de 2006  
Cali, Colombia

